

—¡Mi padre!—replicó Lorenzo.—¿Os habeis mostrado jamás digno de ese nombre?... ¿Es necesario que se pongan en juego el honor de vuestra familia y vuestro interés personal, para que os digneis recordar que sois mi padre. Pues bien, os habeis acordado demasiado tarde y no os conozco. ¡Dejadme!

Y rechazando enérgicamente á M. de Rosieres, abrió la puerta, la volvió á cerrar cuando estuvo dentro, echando cuidadosamente el cerrojo, y en seguida se perdió de vista entre el follaje del jardín.

Después de sacudir en vano los barrotes de la verja implacablemente cerrada, el marqués, algo confuso y avergonzado, vió desaparecer á Lorenzo en la oscuridad. A pesar de su mal humor, no podía menos de admirar la fogosidad con que el joven doctor se lanzaba en aquella aventura. El apasionado arrebato de aquel mozo de veintiocho años, había hecho recordar al marqués sus tiempos juveniles, y casi se sentía orgulloso al descubrir su sangre de libertino en las venas de su hijo.

—¡Qué loco!—dijo entre dientes con tono á la vez furioso y entusiasmado.—Y es mi propio retrato, ¡vive Cristo!... ¡A su edad hubiera yo hecho absolutamente lo mismo!...

De pronto se dió una palmada en la frente:

—¡Voto á mil diablos!... Y el simplón de mi sobrino que á estas horas viene trotando por el camino de

Sermaize. ¡Es preciso impedir á todo trance que llegue hasta su mujer!...

Y se alejó rápidamente en dirección á la carretera.

## VII

Después de cruzar el jardín de la Espalleraie dando vuelta á los arriates, y al llegar delante de la fachada principal donde se hallaba la escalinata de entrada, se detuvo Lorenzo un instante para tomar aliento.

Medio alumbrada por un ténue rayo de luna, alzabase ante sus ojos la casa con su techado á la italiana, sus oscuras ventanas con las persianas discretamente echadas y la pared por cuya superficie trepaban jazmines y madreselvas. Hasta el aspecto de la vivienda tenía un no se qué de misterioso y como un vago perfume de amores.

Subió Lorenzo con ligereza las gradas de la escalinata, quiso abrir la puerta, pero quedó asombrado al notar que estaba cerrada por la parte de adentro. Supuso que Mme. de Briulles, para desembarazarse de su doncella, la había enviado al pueblo; volvió piés atrás, consumido por la impaciencia, y acordándose de que la cocina comunicaba con el jardín al mismo

nivel de éste, no titubeó en emprender el mismo camino que Berta le había hecho seguir pocos días antes al llegar inopinadamente el marqués. Entró, pues, en el vestíbulo por el sótano y escalera de servicio, débilmente alumbrada por una vacilante lámpara de cocina. Toda aquella parte de la casa estaba desierta y silenciosa, y hasta la antesala misma se hallaba completamente á oscuras; sin embargo, dibujábase en la alfombra á lo largo de la puerta del gabinete-tocador una línea luminosa, por lo cual no tuvo ya duda Lorenzo de que allí se había instalado Berta para recibirle. Llamó ligeramente á aquella puerta, la abrió sin esperar respuesta... pero en el dintel mismo se de tuvo estupefacto.

A través de la opaca bomba, bañaba la lámpara con una claridad cenicienta la reducida habitación, cuya ventana se hallaba cerrada y caídas las cortinas; en el sofá estaba sentada Berta, envuelta en una bata blanca de cachemir, y á su lado, cubierto aún de polvo el traje de camino, se veía á Santa María de Briculles.

No era, no, una alucinación; era el mismísimo marido en carne y hueso, con sus gruesos brodequines de campo, su levita negra de corte poco elegante, sus mal peinados cabellos y su fisonomía enfermiza, en la que relucían los hundidos ojos.

Lorenzo seguía en el umbral, inmóvil y casi petrificado.

A vista de aquel inexperado visitante, Santa María se enderezó, dirigiendo á su mujer una mirada atónita é inquieta.

Levantóse Berta, sin que se alterase un solo músculo de su rostro; solo Lorenzo adivinó la embarazosa situación en que se hallaba al sentir la mirada dura y penetrante que le lanzaron sus ojos y que casi instantáneamente fué amortiguada por la discreta caída de los párpados.

—Pasad, doctor—dijo con voz perfectamente tranquila.—M. de Briculles tendrá muchísimo gusto en volveros á ver...

Y volviéndose luego á Santa María, añadió:

—Amigo mio, estais entre gente conocida; M. Lorenzo Husson es médico inspector de las aguas de Sermaize.

Señaló con el ademán una silla al recién llegado, y prosiguió sonriendo:

—Os agradezco, doctor, que hayais acudido á mi llamamiento... El baño de la mañana me había debilitado, pero la sorpresa que esta noche me ha proporcionado M. de Briculles ha influido en mis nervios y me siento mejor.

Y acompañó esta frase con una mirada de halago dirigida á Santa María.

Este se levantó á su vez y alargó con poca soltura la mano al doctor.

—Tomad asiento, M. Husson—dijo.—Mucho tiempo

hacia que no nos veíamos... Sin embargo, he tenido noticias vuestras y he celebrado vuestros triunfos... Habeis llegado á ser un médico de moda, lo cual es bastante en unos tiempos en que no se cree demasiado en la ciencia.

Lorenzo contestó casi con monosílabos, y las palabras laboriosamente arrancadas [de su laringe, parecía que le quemaban la boca al pasar. A la verdad, sufría un intolerable suplicio. Estar ardientemente enamorado; correr después de cuatro días de concentrados deseos al lado de la mujer amada, calenturiento y con los labios engolosinados de besos; soñar, por vía de compensación, con tesoros de ternura, y caer en medio de una entrevista conyugal... era más que suficiente para desconcertar á un hombre aún más estóico y paciente que Lorenzo Husson. Para colmar la medida, veíase obligado á aceptar el apretón de manos y los cumplidos del mismo marido á quien iba á suplantar. Aquello era ya demasiado; semejante golpe irónico y brutal de la suerte le dejó paralizado, y creyó que se volvía estúpido.

Sentáronse los dos hombres, y Mme. de Brioules ocupó de nuevo su puesto en el sofá, al lado de su marido. Durante algunos minutos reinó en el gabinete un penoso silencio, percibiéndose únicamente el zumbido de una mosca aprisionada entre los cristales y la cortinilla de la ventana. De los tres personajes, Santa María era indudablemente, á pesar de su poco

trato de gentes y su encogimiento, el más tranquilo y menos nervioso. Blandamente recostado en los almohadones, saboreaba en calma y á sorbitos un vaso de jarabe de frambuesa que su mujer acababa de prepararle.

Berta apelaba á toda su sangre fría para aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir; la repentina presentación de Santa María en la *Espaille-raie*, á modo de una aparición prodigiosa, la había producido una turbación indefinible, presintiendo en aquella insólita circunstancia cierto misterio alarmante. En medio de la confusión producida por semejante visita, solo tuvo tiempo para hacer una seña á su doncella á fin de que corriese á casa del doctor, para darle contraorden; pero desgraciadamente la camarista llegó demasiado tarde, y vino Lorenzo á complicar la situación con su inoportuna visita.

Berta adivinaba que había sido juguete de M. de Rosieres y que al presente toda su astucia sería poca para alejar las sospechas de Santa María. Así es que se manifestaba con él atenta, previsora, solícita, casi cariñosa, y Lorenzo, que observaba el juego, se sentía por ello interiormente humillado y colérico. Por su parte, M. de Brioules, persuadido de que la feliz intervención del marqués había determinado aquella metamorfosis y traído á Berta al buen camino, recibía todas aquellas monerías con grave y agradecida benevolencia.

—Amigo mío—le dijo Berta retirando el vaso que acababa de vaciar,—estoy segura de que os estais muriendo de hambre.

Santa María confesó que los vaivenes del coche le habían debilitado extraordinariamente el estómago.

—Anita no debe ya tardar; la he enviado á la fonda y espero que habrá encontrado allí algo con que improvisar una cena... El viaje ha debido fatigaros; apoyaos sobre este taburete, que el doctor os lo permite...

Y diciendo esto, acercó el mueble, y sus delicadas y hermosas manos se dignaron ayudar á Santa María á colocar en él los piés. Al mismo tiempo dirigía una mirada oblicua á Lorenzo, como para decirle:—Resignaos y poned, como yo, á mal tiempo buena cara.

—¡Sois una esposa perfecta, mi querida Berta!—exclamó Santa María, conmovido por aquella prueba de atención.

Y para demostrarla su gratitud la tomó una mano, llevósela á los labios y se la oprimió afectuosamente.

Berta permanecía en pié á su lado, y la dorada luz de la lámpara iluminaba de arriba abajo su hermosa y blanca figura, sus párpados inclinados y sus labios rojos, en que jugueteaba su pérfida sonrisa. No se movía ni manifestaba apresuramiento por eludir aquella caricia conyugal.

Sentado en su silla, como sobre un manojo de espinas, experimentaba Lorenzo en su interior extre-

mecimientos de repugnancia y de cólera. Aquella comedia le parecía tanto más odiosa, cuanto que había podido previamente sondear el corazón y recoger las confidencias de Mme de Brioules, que veinte veces le había hablado de sus antipatías y desdenes hacia el marido á quien la habían encadenado, y al verla ahora embaucar á Santa María con tan jovial naturalidad y aparente dulzura, sentíase Lorenzo herido en sus más íntimos sentimientos de delicadeza. Tanta falsía sublevaba su leal caracter; aquellas mentidas caricias le hacían subir al rostro el carmin de la vergüenza.

Las gentes extragadas por esta clase de aventuras dirán seguramente que tenía hartó quisquillosa la conciencia y manifestaba escrúpulos demasiado nimios, pero Lorenzo era novicio en tal materia y no alcanzaba á comprender las falsedades del amor prohibido. Aunque contaba veintiocho años, era la primera vez que hacía la corte á una mujer casada; las pequeñas perfidias, los humillantes compromisos que trae consigo esta clase de relaciones, eran para él otros tantos frutos desconocidos del árbol del pecado y no podía menos de encontrarle un sabor extraordinariamente amargo y nauseabundo. Aquella blanca mano que él había cubierto de besos se apoyaba en los labios de un hombre á quien Berta despreciaba, y esto en presencia del mismo á quien suponía amar... Y aquella mujer no se desmayaba de vergüenza al

solo contacto de tal caricia; lejos de eso, permanecía impasible, desplegando para engañar al marido la misma gracia felina, las mismas dulces miradas, las mismas provocadoras sonrisas que había prodigado para embriagar al amante...

Hasta entonces no había visto Lorenzo el adulterio sino bajo sus formas poéticas. A solas con Berta, en terreno neutral, lejos de la casa conyugal, había hecho lo posible por alejar de su pensamiento á aquel marido que se le aparecía á través de una bruma lejana, como una especie de abstracción; pero aquella noche no había ilusión posible, el marido estaba allí, á dos pasos, y el adulterio ridículo y vulgar se destacaba con sus mentiras, su impudor, sus situaciones ambiguas, sus brutales apetitos, y todo esto le producía náuseas.

Santa María se decidió por fin á abandonar la mano de su mujer, que dejó suavemente sobre el borde de un almohadón.

—¡Me parece que oigo á Anita!—murmuró Mme. de Brioules.—Os dejo un momento en conferencia.

Salió apresuradamente, en tanto que Santa María preguntaba acerca de las propiedades medicinales de las aguas de Sermaize al joven doctor, que contestaba lacónicamente y de una manera distraída.

Al cabo de un cuarto de hora volvió Berta, acompañada de su doncella, que traía en una bandeja un pollo fiambre, frutas y una botella de Burdeos.

—He aquí—dijo—todo lo que ha podido encontrar Anita... Mañana os trataremos un poco mejor.

—Es más que suficiente—contestó Santa María, acomodándose delante del velador.—No estoy acostumbrado en el Neufour á tanto regalo para mi comida ordinaria, de modo que esto es mimarme como á un niño...

Y se puso á comer con ese apresuramiento glotón que suele verse entre gentes que hacen gala de despreciar las delicadezas y refinamientos de la vida material.

—Ya veis, Sr. Husson—prosiguió con la boca llena—¡ya veis cómo se cuida á los maridos! Un soltero regresando á su casa, se habría visto en el caso de acostarse sin cenar... El matrimonio tiene sus pequeños goces que no son de despreciar... Ya lo vereis muy pronto de cerca, porque si he de dar crédito á lo que en las Islettes se cuenta, estais á punto de contraer matrimonio.

—¡Hola!—dijo Berta, lanzando á Lorenzo una mirada tan afilada y penetrante como la hoja de un puñal.—No me habiais dicho nada de eso, doctor.

—No os he hablado de ello, señora, porque ese casamiento no se llevará á cabo, desgraciadamente—repuso Lorenzo con extraño acento de amargura.

Habíase puesto en pié y tomado el sombrero, en tanto que Santa María le miraba con expresión amedrentada.

—¡Perdonadme!—balbuceó M. de Brieuilles.—Es una lástima .. Lo siento...

—¡No tanto como yo—os lo juro!—exclamó Lorenzo con cierto arrebató mal contenido.

Acto continuo saludó y salió.

Berta le acompañó hasta la entrada de la antesala; sin proferir una palabra le deslizó entre los dedos una cartita que había logrado garrapatear durante su breve ausencia, y en seguida volvió rápidamente al gabinete-tocador, donde Santa María continuaba su cena.

Una vez fuera de la casa, estrujó Lorenzo con disgusto aquel papel que le quemaba los dedos, y sin mirarle siquiera, le hizo menudos pedazos que esparció por el suelo. Su pasión por Berta había concluido bruscamente, anonodada por el desprecio. Por muy violento que sea el amor que no tiene más raíces que el deseo de la posesión y se desarrolla en una atmósfera artificial, no resiste á la primera corriente de aire puro con que se pone en contacto; un soplo ardiente le dió vida y un soplo helado le mata. Se parece á esas magníficas flores de estufa que se abren bajo la influencia de un calor ficticio y que caen marchitas tan pronto como se la expone al aire libre.

Lorenzo seguía su marcha con tardo paso, arras-trando consigo el cadáver de aquel amor tan exhuberante de vida una hora antes. Cuando alcanzó á descubrir detrás de los árboles la sombría masa de

su vivienda, varió de pronto de dirección, porque la idea de entrar en aquel hogar silencioso y pasar allí una noche sin sueño, le producía una especie de vago temor. ¡Si al menos hubiera estado allí Sofia! ¡si hubiera podido abrazarla y abrirla su corazón!... Pero ir á encerrarse entre cuatro paredes, sin otra compañía que la propia conciencia, y cuando ésta no tiene nada halagüeño que decirnos, es una entrevista poco apetecible.

Lorenzo volvió, pues, la espalda á su morada, y cruzando por entre las calles del pueblo dormido, se metió en el bosque.

Sentía la necesidad de movimiento para aturdirse, y entró en la larga avenida verdosa que se abre en dirección á Trois-Fontaines. El cielo estaba cubierto: los árboles del lindero, apretados unos contra otros, formaban á cada lado una oscura muralla, y entre aquella espesa sombra se destacaban apenas la indecisa blancura del camino y la estrecha franja de cielo gris que huían paralelamente. No se escuchaba el menor ruido; tan solo de cuando en cuando el prolongado silbido de una locomotora y el sordo rumor de un tren en marcha salían del fondo de la llanura á romper la monotonía del solemne silencio de los bosques.

Lorenzo caminaba hacia adelante sin vacilar. Jamás se había considerado tan infeliz; sentía un profundo vacío en su corazón, vacío á la vez pesado y dolo-

roso. Después del naufragio de su amor á Valentina, habíase empeñado desesperadamente en la pasión que Berta había tenido la habilidad de encender en su pecho, y aquella pasión acababa de disiparse por sí misma como una ráfaga de humo, no dejando tras sí más que un nuevo remordimiento y amargo disgusto. Volvía á encontrarse sólo como antes, pero con un sentimiento de decadencia, con una sensación de hastío que le hacían insoportable la vida. Hasta entonces, si había sufrido, era por culpas ajenas, y al menos en su fuero interno conservaba, como un fresco manantial de consuelo, la estimación de sí propio: mas ahora aquel manantial se había agotado; sentía vergüenza de su conducta; se había envilecido y rebajado voluntariamente, y no hallaba dentro de sí nada que no estuviese seco y árido como un desierto.

En tanto que iba andando maquinalmente, habiendo dejado á su espalda la plazoleta donde la ruinoso nave de la abadía dibujaba su perfil sobre el fondo gris del cielo, semejante al casco desarbolado de un buque náufrago, había ido arreciando el viento, estremecíanse las hojas y empezaban á caer algunas gotas de agua. Sin advertirlo siquiera, prosiguió caminando de igual modo por espacio de una hora. La lluvia, cernida al principio en menudas gotas por el viento, llegó á convertirse en un verdadero aguacero, produciendo en el bosque un murmullo sordo, monótono y continuo.

Poco á poco iban aclarándose á derecha é izquierda los árboles y la trinchera se convirtió en un camino despejado, á cuya revuelta entrevió Lorenzo, á través de una bruma oscura, el diseño de un estrecho valle, de donde partía el hervor de una presa ó exclusiva. Entonces reconoció el valle del Saulx y Robert-Espagne.

No había vuelto por aquel camino desde la noche de San Juan, y sintió oprimirsele dolorosamente el corazón al distinguir, á través de las ráfagas de lluvia, la masa confusa de las casas y huertos que bordean el río.—Allí estaba Valentina.—Tal vez alguna de aquellas luces que oscilaban en la oscuridad partía de la ventana misma de su cuarto. Aquella era la hora en que tenía Valentina por costumbre subir á su cuarto y disponerse para entregarse al descanso. En tanto que él vagaba por los linderos del bosque vació el corazón, vacía la cabeza, no sabiendo ya qué hacer de su desencantada existencia, tal vez velaba Valentina recordando la tarde de la última festividad del Córpus... Tan indigno de ella se consideraba Lorenzo, que había llegado hasta el extremo de desear que le hubiera olvidado. ¿No era esto cien veces mejor? Suponiendo que, por un milagro, le hubiera dicho hoy el recaudador:—«Consiento en daros á Valentina.» ¿habría podido en conciencia Lorenzo aceptar semejante dicha? ¿Habría tenido valor para sostener la mirada serena y pura de la honrada muchacha?

cha á quien había hecho traición y de quien había renegado á las plantas de Mad. de Brioules?

Y súbitamente se trasladó con el pensamiento al primer día en que vió á Valentina á través de las flores del altar portátil, mientras lanzaban al viento sus alegres sonidos las campanas de Jouvigny. Recordó aquellos claros días de su vida estudiantil, cuando se entusiasmaaba con la lectura de los idilios de Teócrito, cuando el mundo se abría á sus ojos á manera de un jardín encantado. Y el mundo no había sufrido de entonces acá ninguna metamórfosis; la tierra tenía flores, pájaros, libros llenos de poesía, mañanas apacibles pobladas de sonos armoniosos y de cristalinos susurros; Lorenzo, sí, Lorenzo, era quien había cambiado. Las regiones donde había soñado y amado se habían desvanecido, y ya no alcanzaba á ver sino páramos tristes y descoloridos.

Contempló todavía un instante aquel vallecito del Saulx, que había conocido bañado de sol, cubierto de verdor y de flores, y que aquella noche estaba sombrío y agitado como su mismo corazón. Parecíale que hasta la naturaleza, compadeciéndole, se deshacía en lágrimas al verle tan desdichado, y entonces volvió la espalda á aquel paraíso perdido y volvió á meterse en el bosque inundado de agua.

Caminaba con tardo paso sobre aquel terreno rojizo y empapado; la lluvia había calado sus ropas, que se le ceñían al cuerpo, dificultando sus movi-

mientos, y sentíase horriblemente fatigado. Al pasar cerca de un sitio donde se había hecho recientemente una corta de leñas, vió no lejos de sí una choza de leñadores abandonada y se refugió en ella. El techado de musgo había preservado de la humedad el piso de la cabaña, y en uno de los rincones había algunos helechos secos amontonados; dejóse caer sobre ellos sin aliento, y no sintiéndose ni siquiera con fuerzas para discurrir, se puso á escuchar maquinalmente el ruido del aguacero. Sentía oprimidas las sienes, y parecía que le descargaban fuertes martillazos en la cabeza. De cuando en cuando quedábase como adormecido, pero sueños calenturientos le hacían despertar sobresaltado, y con los ojos medio abiertos aplicaba el oído al rumor incesante de la lluvia. Hacia la conclusión de la noche se quedó dormido y perdió por completo la noción de las cosas.

Cuando volvió en sí clareaba el alba, había cesado la lluvia y piaban los pájaros sacudiéndose las plumas. Se despertó completamente embotado y titubando: castañeteábanle los dientes, sentía pesadísima la cabeza y como paralizados los miembros. A costa de un violento esfuerzo se puso en pié tambaleándose, y salió de la choza para disipar su malestar al contacto del aire libre; mas apenas trató de dar unos pasos en dirección al camino, cuando experimentó un vahido, dobláronsele las piernas, se arrastró hasta el talud de la zanja, y allí se dejó caer...



Aquel mismo día, Eustaquio Lapasque, que tenía que hacer una larga caminata, se levantó antes de amanecer, mientras todo el mundo dormía en su casa; bajó de puntillas á la cocina, todavía á oscuras, y encendió fuego para calentar su desayuno de todas las mañanas, que consistía en una taza de café puro. Actocontínuo calzóse sus gruesos borceguies, bien engrasados, se abrochó las polainas de tela azul sobre sus delgadas piernas de cigüeña, é introdujo cuidadosamente en la cartera las copias de notificaciones ejecutivas, el estuche que contenía tintero y plumas, un gran zoquete de pan y el frasco del aguardiente. Confortado por dentro con el café caliente, minuciosamente ataviado y abotinado, empuñó su bastón de boj, y alzando sin ruido el picaporte de la puerta del jardín para no despertar á Lucrecia, salió á campo raso.

Sereno el espíritu y tranquila la conciencia, caminaba Eustaquio á largo paso; abríanse sus piernas como las ramas de un inmenso compás, y pisaba los rastrojos sin miedo al abundante rocío. En un cuarto de hora llegó á la colina, y acortando el paso á la subida, se metió en el bosque rumiando sus pensamientos; pensamientos honrados, breves y metódicos, excesivamente humildes y tan poco absorbentes como los que pueden anidarse en el cerebro de un alguacil de genio dulce y condición apacible. ¿Si estarían todas las notificaciones extendidas en orden en su li-

breta?... ¿Si habría enviado Lucrecia al registro los protestos de la víspera?... ¿Si habría quedado su flauta bien escondida y resguardada de las pesquisas de Amaury, que tenía, como su padre, decidida vocación á tañirla?... ¿Si acabaría sus correrías á tiempo de llegar á su casa á la hora de comer?...

—¡Bondad divina! ¡un hombre asesinado!— exclamó el buen Eustaquio, cuya imaginación nutrida de causas criminales no veía por do quiera sino golpes y heridas.

Se acercó con precaución, apartó con mano temblorosa los hipéricos y avenas locas que cubrían en parte la cabeza de la víctima, y dejó escapar un grito al reconocer el pálido rostro de Lorenzo Husson.

La exclamación de Eustaquio se escapó de su larga laringe con un sonido de flautín tan agudo y penetrante, que imprimió cierto sacudimiento á los nervios del doctor, haciéndole volver de su desmayo. Entreabrió los ojos, separó los labios, é incorporándose un poco sobre el codo, dijo suspirando:

—¡Ah! ¿dónde estoy?

—En la zanja de Robert-Espagne— Sr. Husson— contestó el alguacil— y aquí teneis, para serviros, á Eustaquio Lapasque... ¿Qué os ha ocurrido? ¿Habeis sido asaltado por algunos malhechores?

Lorenzo abrió por completo los ojos, cenoció á su interlocutor, y volvió poco á poco en su acuerdo.

—No—dijo con voz débil;—esta noche me ha acometido un extraño desfallecimiento, no he tenido fuerzas para moverme de aquí... y aquí me he quedado.

—¡Cómo! ¿Con esta lluvia torrencial?... ¡Pobre señor! Están empapados vuestros vestidos y fácilmente hubiérais podido perecer sin auxilio alguno... ¡Esperad!

Metió Eustaquio la mano en su cartera, sacó y destapó el frasco, y dijo aproximándole á los labios de Lorenzo:

—Es aguardiente; tomad un sorbito, que esto os confortará.

—Obedeció Lorenzo y trató de levantarse.

—¡Estoy deshecho!—exclamó—Parece que se me abre la cabeza.

—No podeis permanecer aquí—prosiguió Eustaquio—y tampoco hay que pensar en volver á Sermaize... Tomad mi brazo y haced un esfuerzo para andar hasta que llegemos á Robert Espagne; os llevaré á mi casa y allí podreis secaros.

Hizo Lorenzo un signo afirmativo y, con el auxilio de Eustaquio, consiguió ponerse en pié. El aguardiente que había bebido le entonó algun tanto y, agarrándose al brazo del alguacil, pudo echar á andar casi á rastras. Bajaron lentamente y llegaron á los prados resplandecientes de rocío y de luz. Aunque el trayecto era corto, se hizo con mucho trabajo y tardando casi una hora.

Lorenzo no cesaba de tiritar y el horrible dolor de cabeza que experimentaba le oscurecía casi por completo la vista. Para librarse de la curiosidad de las gentes del pueblo, le condujo Lapasque á su casa atravesando por los huertos. Cuando llegaron á duras penas hasta la cocina, vieron que la casa estaba desierta, y la campesina que arreglaba la vivienda del alguacil le participó que Lucrecia y los niños habían marchado al jardín del recaudador.

Lapasque colocó á su enfermo en un gran sillón, encendió una buena fogata, y confiándole á la custodia de la sirvienta, corrió á buscar á Lucrecia.

Hallóla, en efecto, en el fondo del jardín de M. Maurin, ayudando á Valentina y sus hermanas á la recolección de ciruelas destinadas á la compota. Madame Lapasque y las jóvenes hermanas, armadas de largas pértigas, sacudían con fuerza las ramas de los ciruelos y hacían caer al suelo, á modo de granizo, las doradas mirabelas y las endrinas rojas y violáceas, con gran contentamiento de los niños Lapasque, que piaban como tiernos polluelos y se empujaban para recoger la fruta y llevarla á las canastillas donde Valentina hacía el apartado.

Desde el día de San Juan, la linda «flor de vida» había padecido mucho; sus ojos castaños, siempre limpidos, estaban orlados de un círculo sombrío, y su fisonomía, de ordinario tan animada, tenía una expresión lánguida y meditabunda.

—¡Esposa mía!—gritó Lapasque al llegar á aquel sitio.

—¡Virgen santa! ¡Lapasque!—exclamó Lucrecia.—  
¡Vaya un susto que me has dado! .. Pero vienes pálido como la cera... ¿Qué sucede?... ¿Por qué te has vuelto?

—Sucede—contestó Eustaquio sofocado—que me he encontrado al doctor Husson sin sentido en la zanja de Robert-Espagne y le he traído á nuestra casa.

—¡Ah! Dios mío!

Al oír el nombre de Lorenzo, habíase levantado de pronto Valentina; sucesivamente se había puesto encarnada y pálida, y, por último, con los ojos desmesuradamente abiertos por la ansiedad, estaba inmóvil cerca de Lucrecia y de Eustaquio. Este refirió brevemente lo que sabía.

—Yo le creo seriamente enfermo—continuó.—Ya veis, acostarse sobre el santo suelo en una noche tan empeñada como la última... No basta ser médico para librarse de atrapar una enfermedad... Tiene la cabeza y las manos abrasando, y al propio tiempo tirita con todo su cuerpo como en el rigor del invierno... Es preciso acordar lo que hemos de hacer con él. ¿Le llevaremos á Sermaize, ó le dejaremos en nuestra casa?

Valentina volvió sus ojos hacia los de Lucrecia con tan elocuente expresión de súplica, que su amiga la

comprendió inmediatamente, y como tenía buen corazón, contestó con tono resuelto:

—Hay que dejarle con nosotros.

—Pero—objetó el previsor Eustaquio—si se declara, por desgracia, alguna calentura maligna... ¡Piensa en nuestros hijos!...

—Es preciso dejarle—repitió Lucrecia con decisión.—Los niños dormirán abajo y á monsieur Lorenzo le pondremos en la alcoba de arriba... Sería falta de conciencia obligarle á ponerse en camino en semejante estado, y harto acreedor es á nuestra consideración, siquiera por el interés con que asistió á nuestro Cayetano. Ea, vámonos á casa inmediatamente... Os dejo los niños, Valentina; ya me los enviareis más tarde.

Los ojos de la señorita Maurin, que se hallaban humedecidos, dirigieron una ardiente manifestación de gratitud á Lucrecia, y los esposos Lapasque se alejaron.

Encontraron á Lorenzo amodorrado y calenturiento en el sillón: la pobre Lucrecia prorrumpió en un gemido á vista de las facciones descompuestas y los vestidos empapados de agua del doctor; sin perder un instante, corrió á la alcoba alta y lo dispuso todo para instalar allí al enfermo, en tanto que por orden suya tendía Eustaquio las ropas de cama delante del fuego y llenaba de brasas de carbón el antiguo calentador de cobre amarillo.

Una vez hecha la cama y bien calentada, Lucrecia y Eustaquio lograron, con cariñosas frases, sacar á Lorenzo de su sopor y le ayudaron á subir la escalera. Sin desplegar los labios, con la cabeza oscilante y los ojos medio cerrados, contentábase Lorenzo con responder por señas, esforzándose por hacer asomar una ligera sonrisa á su rostro.

Eustaquio le desnudó, le puso una camisa bien caliente y le metió en el lecho.

—Ahora—dijo Lucrecia cuando el alguacil estuvo abajo—es preciso que tomes un coche en la posada y vayas á Sermaize para avisar á su tía de lo que ocurre.

—¿Y mis notificaciones?—exclamó Eustaquio alarmado.

—Las haré esta tarde... Yo, entretanto, enviaré á buscar al anciano médico de Jean d'heures.

Eustaquio era un dechado de obediencia. Volvió á coger su cartera, abrazó á Lucrecia, tomó su bastón de boj y echó á andar, no sin que le arrancase un suspiro el pensamiento de su comida de mediodía, que se iba haciendo por momentos más problemática.

La señora Lapasque se quedó á la cabecera de Lorenzo. Este, todavía muy tembloroso, pero algo confortado con el suave calor del lecho, parecía respirar con menos trabajo. Su rostro expresaba una especie de beatífica laxitud; aspiraba con placer el olor de las sábanas que trascendían á raíz de lirio;

sus ojos contemplaban con infantil curiosidad las cortinas amarillas bordadas de encarnado, el papel gris salpicado de ramos de rosas, la corona de flores de azahar de Lucrecia colocada bajo un fanal en el centro de la chimenea, los redondeles en mosaico de paño multicolor tendidos en el respaldo de cada silla... Enseguida volvieron á cerrarse sus párpados bajo el peso del fuerte dolor de cabeza. Su cerebro estaba lo mismo que el cuerpo, calentamiento y embotado. De cuando en cuando pensaba: «Estoy muy malo;» pero su debilidad de espíritu era tal, que no se preocupaba demasiado con tal idea. Cerraba los ojos sin pararse á reflexionar si volvería á abrirlos; solo pensaba en una cosa, á saber: que después de la pesadilla de la noche última, era una delicia descansar en aquella ancha cama calentita, y olvidarse de todo..

—¿Os sentís bien?—preguntó á media voz Lucrecia, apoyando cariñosamente su fresca mano en la ardorosa frente del enfermo.

Este movió los párpados y contestó débilmente,

—Sí... muchas gracias.

Enseguida echó hacia atrás la cabeza en la almohada, y volvió á quedar sumido en un profundo letargo.

### VIII

Dejamos á M. de Rosieres de centinela en el cami-